

El mundo del libro

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

EL BUEN SALVAJE—Por Eduardo Caballero Calderón.
Premio NADAL 1965—Ediciones Ancora y Delfín.

Mantiene Eduardo Caballero Calderón una tradición de escritor que va desapareciendo a medida que nuevos valores —fruto de un tiempo perplejo— tratan de imponerse. Con dogmatismo y tiranía, como todo lo que se presenta en calidad de tesis ideológica, Caballero Calderón no pierde de vista ciertas formas estilísticas que para algunos escritores modernos, principalmente de la nueva literatura francesa, carecen de todo valor. Naturalmente cierta robusta tradición humanística no ha sido remplazada por los íconos de este “tiempo del desprecio”. Se pretende convertir la novela moderna en un laberinto, un mundo onírico, sin raíces en lo humano, pesados fardos de alucinación. Poco cuentan el lector, el actor, la atmósfera vital. Lo importante es sumergirse en un universo abstruso, en el cual, algunas veces un destello existencialista nos comunica con la inteligencia del novelista. En esto, como en muchas cosas modernas, que son tan viejas como el mundo, juega la vanidad, el prurito de ser originales, rompiendo moldes y aventando esencias. Pero ya llegará el momento en que lo verdadero mantenga su permanencia y se defienda del ácido del tiempo.

Caballero Calderón se nos revela en este nuevo libro suyo como un escritor que busca descifrar interrogantes, hallar una ruta en el dédalo de una ciudad, en la cual la podredumbre de dos guerras mundiales ha dejado tantas legiones de hombres vencidos, viciosos, girando en torno de su propio vacío. La Madre Marchita de que habla Curzio Malaparte cuando recorre las orillas del Sena o penetra en las cavas de los discípulos de Sartre. El estudiante hispanoamericano extraviado como un ciego en este mundo, que tiene mucho de pesadilla, quiere escribir una novela. Y lo intenta. Pero al querer darle contorno y norma a sus notas, escritas en bulevares, sobre las mesitas de los cafés, frente a una rubia copa de cerveza o estirando el cuello para ver caminar una mujer norteamericana, hermosa, cálida, dorada al sol, encuentra que el material acumulado se derrumba, no resiste para construir la novela que no quiere ser un mundo ciego, una horrible tumba, como lo pretenden algunos creadores del género aludido.

Por tanto, *El buen salvaje*, memoria y recreación de Rousseau, no es una novela propiamente dicha. Pero en cambio es un documento humano de singulares experiencias. Y naturalmente, cuando escribe un novelista de América Latina la mujer no podía faltar para iluminar el cuadro. Rose-Marie es todo para el pobre estudiante, sumido en dolorosas confusiones. Y que se confiesa en voz alta como algunos santones. En torno de ese amor trata de rehacer su vida, sus esperanzas. Y analiza clínicamente, con acerbia, sus estados síquicos. El mundo de los sueños, de las pesadillas, la terrible introspección en el desierto de la propia soledad. Esta es la forma de escribir novela en los tiempos actuales, cuando ya no vivimos del paisaje, ni es posible nutrirse de égloga. Es preciso desgarrarse, mostrar el corazón palpitante, sabernos dueños de un destino impar, de una lucecilla de fanal que se puede apagar en cualquier momento.

Como viaje por París, por sus sitios amados u olvidados, la obra de Caballero Calderón es excelente. Su factura deliciosa, rica en descripciones, dentro de un modernismo dinámico, penetrado de humanidad como lo encontramos, valga un ejemplo, en la obra *Dioses, hombres, tumbas*, del gran escritor argentino Ernesto Sabato.

Caballero Calderón ha cumplido una ejemplar tarea estética en *El buen salvaje*, cuyos matices, músicas, clima sensorial, es algo muy bien logrado y guía para muchos perplejos cuando no obsecados escritores colombianos de vanguardia.

* * *

GUAYACAN—Novela—Premio Esso 1964.

Hemos querido mantener una actitud honesta frente a los premios de novela Esso Colombiana, con el ánimo de cumplir con una tarea de conciencia en la cual para nada entran los nombres propios o nuestras preferencias literarias. El crítico tiene la obligación de mantener una línea media de equilibrio que haga atendibles sus conceptos. A nuestro juicio los premios de novela de la Compañía Esso han entrado en franca decadencia. No por culpa de la empresa patrocinadora cuyos nobles fines nadie puede desestimar abiertamente. Se ha querido darle un impulso a la producción novelística de los escritores colombianos desasistidos, como en general toda la cultura, del fervor y el favor del Estado. Hoy más que nunca enredado en una vaga ideología importada sobre temas de planeación, desarrollo, mercadeo agrícola, cambio de estructuras y nuevas formas de vida que poco o nada tienen de común con el auténtico ser nacional. Seguimos siendo teorizantes empecinados o copistas de otras culturas y civilizaciones que poco tienen de común con la herencia histórica de Colombia.

Entre las novelas premiadas con el galardón de la Esso tenemos el cuadro de costumbres llamado *Guayacán*. No conocemos al autor de esta obra, el médico siquiatra Prada Sarmiento. Nos conformamos con ella. Y es preciso anotar que se trata de un libro de una pobreza formal alarmante. El autor carece de toda experiencia para tratar estos temas. Que no tienen necesidad de grandes acervos de cultura, de interpretación o de

análisis exhaustivo de los personajes que se mueven en el tablado. Sencillamente el costumbrismo requiere una fina dosis de observación, alguna riqueza cromática, cierto resplandor lírico que ilumine el paisaje, los hechos, el hilo conductor de la narración. De todo lo cual se encuentra huérfano **Guayacán**. El médico Prada Sarmiento, acaso bien intencionado, pretendió dejar que la pluma sirviera de cangilón para que corriera el agua clara y mansa del relato. Pero se quedó en el terreno de las buenas intenciones. Su adjetivación en todas las páginas de **Guayacán** es excesiva y pobre. Ya pasó la época de acumular adjetivos para hacernos creer en la riqueza de vocabulario del escritor. Se requiere sustancia, vida, acción. Y en este libro solamente encontramos una palabrería de museo, yerta, de una franciscana capacidad de expresión. Largos períodos en los cuales el viejo jamelgo del lugar común trota por barrancos, campos, siembras. Adjetivos que han perdido toda dinámica porque ya nada dicen al lector. Adverbios resobados por el uso y el abuso. Y que señalan claramente que Prada Sarmiento tiene pocas vecindades con lecturas que le hubiesen sido útiles, como por ejemplo la de Eugenio Díaz, Cordovez Moure o el incomparable don Tomás Rueda Vargas.

El autor quiere atestiguar y al mismo tiempo enseña una docencia de muy limitados contornos. La trama del libro es verdaderamente elemental. No hallamos por parte alguna la penetración psicológica para que los personajes vivan, se muevan, podamos compenetrarnos con ellos, sufrirlos y padecerlos. Lo vital, lo humano, demasiado humano de las criaturas literarias de Prada Sarmiento, está ausente del libro. Se desdibujan en una neblina de palabras desjugadas, que nada nuevo nos traen. Y no olvidemos que los grandes costumbristas del siglo XIX dejaron una obra verdadera y valedera. Y estamos en mitad del siglo XX, cuando se han perfeccionado las técnicas literarias y el escritor tiene que ser testigo y mártir de su propia experiencia intelectual. ¡Qué abismo entre los maestros de este género y este relato de **Guayacán**! Santander, departamento de tan excelentes escritores, algunos de ellos ya clásicos, no aparece reflejado en esta obra cuyos méritos literarios no se nos alcanzan. Toda la novela de Prada Sarmiento podría reducirse a un cuento, si este género, tan difícil, pudiera manejarlo con alguna pericia el autor. Ni en el campo psicológico ni social ni costumbrista vivirá este relato. La familia Almeida, de la finca El Guayacán, resulta empobrecida por obra y gracia de este librito de circunstancias. Leamos algunas parrafadas que nos sacarán adelante en nuestras afirmaciones: "Porque después de las grandes tormentas viene la calma y con ella el iniciarse las reconstrucciones o limpiar de los escombros para que todo vuelva a quedar como si nada hubiera sucedido". Y esta otra: "Igual cosa acontece con los espíritus martillados y torturados. Pasada la borrasca de la desesperación, hay un mayor deseo, un mayor anhelo de superación, para llenar este vacío que quedó en las vidas y que deja una huella o tatuaje demostrativo de un momento de fatalidad que pasó como un relámpago veloz sobre los ánimos".

Y esta otra joya: "Los caminos llenos de guijarros, espinosos, duros, quebrados, en un momento dado desembocan en la ancha carretera por donde se puede caminar sin el bastón que servía de apoyo y que proteja de las posibles caídas".

“En los libros encontraba don Pedro muchos motivos de satisfacción, muchas enseñanzas, muchos consejos, muchas advertencias”.

Los adverbios y adjetivos, como grande, grandioso, elocuente, divino, hermoso, bello, abundan como la maleza. En verdad **Guayacán** es una novela de la cual nadie se acordará dentro de poco tiempo. Obra de frustración y desecho literario.

* * *

LOS SILENCIOS—Por David Mejía Velilla—Bogotá, 1966.

Qué hondo río de músicas absconditas corre por estos poemas de Mejía Velilla. El hombre desvalido, aquel que no puede prescindir de la poesía como alimento del espíritu, hallará en este libro más de un motivo de consolaciones y una claridad que se filtra lentamente y nos penetra hasta los huesos. La poesía cumple aquí su tarea de asepsia moral. No todo puede ser feroz pragmatismo, carga de necesidades cotidianas y orgánicas. La poesía que no puede prescindir del hombre, aunque este la olvide muchas veces, nos viene aquí resplandeciente, con toda la fuerza que le da su único vehículo expresivo: la palabra. En estos poemas tiene vida propia, irreductible. El paisaje se convierte en una categoría de la mente. Y los árboles toman el sitio esencial que debieron ocupar en las primeras mañanas adámicas del mundo. La relación existente aquí entre poesía y objeto es de tal modo cierta, que nos alumbra el camino de la sed interior, del maleficio, de la ronda y el desgarramiento patético del ser.

Mejía Velilla ha sabido darle una nueva dimensión al mundo vegetal y a las grandes fuerzas cósmicas que nos gobiernan cuando entramos en el largo túnel de la soledad. Irrevocablemente su poesía tiene acidez de raíz, fuego interior, llameante color de tierra ocre acribillada por los puñales de la luz. Las imágenes ejercen aquí una docencia sobre el alma que no es fácil discernir, alinderar. Como todo lo que nos golpea la sensibilidad y nos arranca del mundo anímico, de la pesadez cotidiana para conducirnos a la noche de los misterios y las altas y agudas estrellas. La substancia sugestiva de estos poemas es enorme. El mundo se crea y se recrea a la vez. Y el poeta está desnudo frente a los elementos. Inerme, célula pequeña en un mundo infinito de células vivas, que absorben como esponjas.

Mejía Velilla ha encontrado en su observación de montañas, valles, árboles, noches, neblinas, matices dignos de un impresionista, de un pintor que nos trajera en sus lienzos dimensiones y formas que la mirada distraída del hombre no halló nunca y de las cuales ya no podremos prescindir. Porque son descubrimientos de la sensibilidad del poeta, que nos pone a comulgar con esencias líricas muy suyas. Porque este escritor podría decir con Rainer María Rilke: “Pues, los versos no son, como creen algunos, sentimientos; son experiencias”. Y estas manan en este libro, nos desazonan y conducen a un panteísmo desolado y visitante, fantasma lloroso en la noche.

Leamos apartes de su poema *Amargo llanto*:

Lluvias. Reposo.

Y aún se resienten las más viejas raíces.

Los aires ni confusos ni diáfanos.

Los aires de marzo detenidos.

La raíz permanecerá adherida a su tierra.

Y mi color no variará con la variación de abril.

No es abril, no son las lluvias.

Podrá ser el viajero a bordo,

el pobre corazón de hace veinte años.

¡Qué cansado me encuentro

al cabo de atisbar por la misma ventana,

al cabo de intentar, una vez más,

dar comienzo a la conversación definitiva!

No advertirán, hermano, que viajamos heridos.

Y estamos fatigados de mirar hacia dentro,

de mirar hacia fuera,

siempre contemplando el mismo lago,

contemplándonos

cada vez más deformados por los rayos de luna,

por las ondas.

Todo es pequeño, hermano. Los montes son pequeños.

Y yo estoy triste.

Los montes se rezumen en zumo de raíz.

Y yo me rezumo en nada.

Andando vamos.

Caminos se abren delante de nosotros.

¡Vendrás! ¡Vendrás!

Y arrasaremos esta profunda tristeza.

Tendré una nueva noche.

A través de las lágrimas.

Solo una herida soy.

¡Vendrás! ¡En la noche vendrás!

Domingo de Ramos. Niebla en el monte.

Toda la tarde monte.

Claridad en lo oscuro.

Estrellas en lo oscuro.

Humildad.

Y una nueva fatiga,

para mirar las cosas madrugamos.

El mundo, mi pobre hermano, sigue dando vueltas.

Alrededor de sí mismo.

Y no se conoce aún el pobre mundo.

Van las estrellas.

*Y tú,
habitando bajo techo humilde,
sobre piso de madera,
en silla de lona,
envuelto en polvo,
sonriendo
y mirando a través de las lágrimas.*

*Seguirás coloreando el campo de abril,
sembrando las semillas,
podando los árboles.
Olvidando, hermano, de que vas por un túnel.*

*Con mi sangre, hermano, algo quisiera yo regar.
Pero me sigue deteniendo la pequeñez.
El peso de la pequeñez: ese me hunde.*

*Encendamos nueva luz en la noche,
no importa que de inmediato alguien la apague,
corramos el riesgo de volver a alumbrar.*

*Noche, te abro toda nueva, toda virgen.
Te abro sin apresuramientos.
Sin prejuicios te presento a mi soledad.
Entraré en tí.
Entra tú en mí, a saco.
No te reconoceré por partes.
Nada te investigaré.
Ni aún miraré si has traído árboles,
de esos que alumbran a los caminantes de la noche.*

*Cierro mis ventanas.
Después de dolorosas experiencias renuncio a ver.
Cierro las ventanas y me refugio en la oscuridad.*

*Te habitaré en reposo, noche.
Nada me importará si te ablandas.
Nada estaré pendiente de escuchar.
Ni la misma noche.*

*Debe haber noche también en mi mundo.
Pero aún eso me niego a comprobar.
Ni esa mirada echaré en torno.*

*Abiertas mis ventanas,
abierta quedas noche a mi soledad,
a mis limitados dominios de honda soledad.*

* * *

Nos hemos ocupado en varias oportunidades y con toda justicia de la obra poética de Helcías Martán Góngora. Su tránsito por los caminos deslumbrantes de la palabra melódica ha sido afortunado y su obra tiene perfiles imborrables. Ahora, el poeta, dejando de lado el zurrón de las piedras hambrientas y preciosas, ha querido hacer un viaje a pie por la prosa, que, para algunos constituye un lugar común o camino trillado. Pero sucede que, cuando un escritor es poeta verdadero, al escribir en prosa lleva consigo todos los materiales intelectuales de su taller literario, acaso acrecentados por la sobriedad, la densidad y la economía del lenguaje. Precisamente la obra que ha publicado Martán Góngora, *Socavón*, es un tránsito feliz de sus poemas con sales, yodos, gaviotas marinas, a estas memorias autobiográficas, enmarcadas en el paisaje de arena de la infancia. Cuenta cómo su padre se embarcó en la aventura del general y doctor Carlos Albán, de la expedición al Istmo de Panamá, una hazaña descabellada pero digna de ese hombre superior que fue Carlos Albán.

Todo el libro nos viene caliente y palpitante de humanidad. Aquí los socavones que se devoran vidas y esperanzas; el cielo infinito, los gritos de una negrería sin redención, lo tropical, reverberante, lujurioso, todo aquello que pone en nuestra vida el sabor de una autenticidad que nos permite comunicarnos entrañablemente con el pueblo, suprema esencia de Dios.

El Pacífico, la gran llanura infinita, sus ranchos como cruces en el camino sin esperanza, el laberinto de caños, ensenadas, vaho tropical, miseria, frustración y, al mismo tiempo, esa inmensidad acuosa y lírica que nos hace comprender nuestro transitorio destino, están presentes en *Socavón*. Martán Góngora ama su tierra con desesperación. Por eso es un hombre auténtico. No un gesto estereotipado o la significación huera de una cultura afectada, que no se proyecta en el hondón de un mundo crepitante, vivo, con su desolladora presencia universal.

Magnífico libro este que honra de veras las letras colombianas.

* * *

¿QUE SABEMOS DE LA PLANIFICACION?—Por
Albert Waterston—Ediciones Tercer Mundo.

Este es un nuevo atisbo de planificación escrito por el doctor Albert Waterston, asesor del Banco Internacional de Organización de la Planeación. El eminente profesor conoce a fondo el problema y acerca de la importancia del tema ha escrito libros y numerosos opúsculos. Considera el autor que la planificación es hoy día uno de los más importantes fenómenos de la vida contemporánea en todos los países del mundo. Llega hasta afirmar que, con el himno y la bandera, son las fuentes simbólicas de las cuales mana toda la energía creadora de un pueblo en vía de desarrollo.

Sostiene el profesor que la planeación ideal es aquella que se proyecta para un quinquenio, por ejemplo, pues, después de este tiempo se puede

analizar una serie de hechos resultantes de la planificación. Informa que, en líneas generales, la planificación en muchos países de escasa cultura y sin un personal técnico preparado y eficaz, ha resultado un completo fracaso. Muchos países no han logrado siquiera alcanzar modestas metas de inmediata solución. Todo porque se ha carecido de coherencia, eficacia, adaptación de los planes empíricos a la realidad social de los pueblos, muchos de ellos tomados como conejos de laboratorio para experimentos que no han producido sino frutos aporreados. Y sostiene en seguida esta amarga verdad: "Aunque la mayor parte de los países que tienen planes de desarrollo no han logrado llevarlos a cabo, algunos países que no tienen planes nacionales de planificación han logrado un desarrollo más rápido durante extensos períodos que la mayor parte de los países con planes".

Este es el caso colombiano. Aquí se ha venido hablando de planificación, palabra tabú para muchas gentes y para economistas sin noción de la realidad colombiana. Y lo cierto es que nadie conoce la tal planificación en el orden administrativo, ni sospecha que haya logrado los fines propuestos, todos ellos escritos y que duermen bajo una capa de olvido en muchas oficinas de nuestra flamante burocracia. ¿Cuánto le ha costado la planeación a Colombia? Millones de pesos. Y todo sigue igual. Ninguna coherencia, voluntad de servicio, dinamismo, formación científica para planear en serio. Por tanto, el subdesarrollo sigue idéntico. Apenas si la industria ha logrado, mediante ingentes esfuerzos, abrir nuevos horizontes al trabajo humano. La planificación ha sido, pues, un fracaso. Y debemos comenzar por reconocerlo así, para encaminarnos por metas más firmes de superación. Claro está que la planificación es muy importante. Pero antes debemos prepararnos para desarrollarla. Lo demás es pura teoría y vacuidad sin raigambre en nuestro suelo.

* * *

DE LA ENTRAÑA A LA PIEL—Mario H. Perico Ramírez—Imprenta Departamental de Boyacá—Colombia.

Nunca hemos escatimado ni los justos elogios ni las reservas que nos merece la obra literaria de Mario H. Perico Ramírez. Encontramos en sus textos una variedad de conceptos muy personales pero que no significan un aporte original a la problemática nacional. Además, todo está dicho y lo importante para un escritor es darle nuevo contorno a ideas que flotan en el ambiente o que están definitivamente estereotipadas. En la parte de este libro en la cual el autor nos cuenta algunas peripecias políticas, pude afirmarse que se quedó en el pellejo de los hechos. Muchos de los cuales tienen apenas un simple sabor anecdótico y un localismo muy centrado. Sucesos e insucesos del yo. Anda aún Perico Ramírez en la búsqueda de un estilo. Parece ser esta la mayor preocupación estética de su vida. Y un estilo original, descoyuntado a veces, suspendido del ramaje de la cabriola. La grueguería paisajista carece de ámbito entre nosotros. Resulta mejor para el escritor podar sus páginas, limpiarlas y airearlas, sin que intervenga una sospechosa originalidad que le hace perder sustancia a la obra.

La política como acto intelectual es muy apasionante. Y forma parte de la propia cultura. Estudiarla, investigar sus orígenes, sus incidencias en el desarrollo de la vida colombiana, constituye un aporte serio al esclarecimiento de la realidad nacional. Por tanto, tomarla como simple manera de expresar juicios personales, necesariamente la ciñe de forzada clausura. Es preciso realizar obras de aliento, verdadero compromiso intelectual con la época que nos ha tocado vivir. Verdaderamente mágica y deslumbrante, porque un cambio de valores como el que se está sucediendo, se presta para estudiar a fondo las posibles consecuencias de este salto en el vacío que hemos dado de la mula al jet, de la cofia de las abuelas de basquiña al short, del tambor y la costura de filigranas y encajes al volante del automóvil, por una nueva generación de muchachas deportistas que quieren aturdirse con ruidos, conceptos, estéticas del momento. Perico Ramírez debe dejar de lado el inútil preciosismo, el hallazgo de contorsionadas frases, signos de guiñol, malabarismos inteligentes pero inútiles, y adentrarse en una Colombia subterránea, honda, donde palpita la vena de lo autóctono, nacional, folclórico, presencia de Colombia en el mapa del mundo contemporáneo.

Tiene talento literario para cumplir una obra que no solamente tenga el brillo de la superficie, la piel rosada del mármol, la tierna pelusa de las frutas tropicales o de las manzanas de Boyacá. Debe hundirse en el piélago de la meditación, economizar lenguaje, podar, sepultar la cabriola, el caracoleo lírico, todo aquello que es fiesta de juventud pero no razón intelectual de madurez.

Ojalá sus nuevos libros nos traigan ese sabor, esa calidad, ese sentido hondo de Colombia, la viva substancia, no la piel, tan tersa delicia para las manos pero hambre para el corazón.